

**De divas y *dandies* en los dorados 20:
un divertimento imprescindible**

Madeline Cámara

Escribir sobre la obra narrativa de Antonio Orlando Rodríguez es un *deja vu*. Me recuerdo en La Habana, en la mesa del comedor donde solía escribir, ordenando las notas de mi reseña sobre su libro de cuentos [Strip-tease](#) (Letras Cubanas, 1985). Dos décadas después, me encuentro leyendo su última novela [Aprendices de brujo](#) (HarperCollins, 2005) en un avión entre Tampa y Miami, mis ciudades adoptivas. No puedo entonces evitar el placer de compartir con el lector esta satisfacción de dar continuidad al buen hábito de leer lo que escriben mis contemporáneos, y celebrarlo, cuando de buena literatura se trata, acá, allá, acullá, donde la vida los empuje con su obra a cuestras.

Esta novela, también publicada en inglés bajo el título *The Last Masquerade* (La última mascarada), cuenta ya con una abundante crítica que alaba "sus personajes rabelesianos" y sus virtudes de estar "bien escrita y bien narrada". Estos elogios, que comparto, la ubican junto a *Livaria*, de José Prieto, y *La hija del embajador*, de Zoé Valdés, por mencionar dos de mis novelas favoritas dentro de esta tendencia que observo in crescendo entre nuestros narradores: aliento cosmopolita y uso inteligente de la farsa y la novela de aventuras.

Antonio Orlando no ha viajado a la manera de Cavafis, con una ciudad doliéndole en el alma. Por el contrario, esta divertida novela lo es, entre otras cosas, porque al hablar de La Habana la integra dentro de las vivencias de la gran diva Eleonora Duse: es La Habana que ella visitó en los años 20 en una de sus giras internacionales, es una Habana descrita con el humor y la sabiduría de un escritor que sabe dominar una acción vertiginosa, reconstruir una época al detalle y colocar dentro de ella a personajes de ficción que, como se dice, "parecen de carne y hueso".

Y en efecto, "carne trémula" es lo que predomina en la construcción de los dos caracteres principales: Wenceslao y Lucho, jóvenes amantes, entre *dandies* e intelectuales, impetuosos hedonistas. Sin embargo, y esto es mucho más que una acotación, caracteriza el estilo de esta obra su sofisticado erotismo. Las escenas de sexo son parte del ambiente de sensualidad que recrea la obra, y están descritas con el mismo encanto sutil con que solía hacerlo el arte de los 20, influido por la estética del Art Nouveau.

Wen, ferviente admirador de la Duse, por seguidor sus huellas, arrastra a Lucho a La Habana, dejando atrás su Bogotá natal. Digamos ahora que la ciudad colombiana está descrita con lujo de detalles; su composición social, sus costumbres, sus intrigas políticas, todo esto, que debió ser cuidadosamente investigado por el autor, se vierte en la primera parte de la trama como un rico fresco de la capital que no siempre lo fue de las drogas.

Si seguimos por las casi 500 páginas de esta novela, no nos encontraremos jamás aburridos, lo cual es ya una virtud trascendente. La segunda parte nos conduce a la capital habanera, donde nos esperan las mil y una peripecias de los amantes bogotanos por ver una actuación de la Duse y arrancarle una entrevista. Para lograrlo harán amistad con la farándula habanera, jocosamente descrita, visitarán lupanares, compartirán con gente del hampa, conocerán la "mafia china". En fin, el mosaico vivo de una ciudad compleja culturalmente, exuberante en su multiculturalismo.

Intercalados en esta narración trepidante encontramos como un remanso lírico los monólogos de la Duse. Mediante estos monólogos, la Duse nos hablará de la importancia del lenguaje de las manos para la actriz al igual que de su desprecio olímpico por el público. Toda una estética del teatro que logra construir para nosotros el escritor cubano por boca de la Duse, con quien solo puede competir la memoria y la estética de la danza que nos legó la Duncan. *Bravissimo, Antonio Orlando!*

Publicado en el periódico *El Nuevo Herald*, Miami, 21 de agosto de 2005, sección Artes & Letras, p. 6.